

## Custodio fiel

Derrotado por Quiroga en San José del Morro (San Luís), se interna en la provincia. Está rodeado, lo sabe y no le importa. Confía ciegamente en su estrella, ha sorteado situaciones perores.

Vencido luego, a orillas del río Quinto, un oficial altanero, entre insultos, le ordena rendirse.

-Sólo entregaré mi espada al General Quiroga, –su voz es firme, acorde a la nobleza de su corazón y la autoridad de su jerarquía. Recibe en respuesta insultos y un disparo mortal a quemarropa. Pasa la noche tirado bajo un árbol, la fiebre lo consume. El delirio lo retrotrae en tiempo y espacio: “atacan los maturrangos, más de quinientos soldados contra los diecisiete granaderos que luchan como fieras y sistemáticamente, van cayendo. Cuando un godo hiere al portaestandarte, arrebatada la bandera y la agita burlón, lo enfrenta y la rescata. Mira en derredor, están perdidos, tienen una sola vía de escape, el precipicio: un profundo acantilado a orillas del Pacífico. El estentóreo grito desgarrar el aire “¡viva la Patria, carajo!”; luego, sin vacilar, “ciega”<sup>1</sup> al caballo con el poncho y envuelto en la Sagrada Insignia, salta al vacío. Los escasos sobrevivientes responden “¡Viva, viva Buenos Aires!” y lo siguen<sup>2</sup>. (Las imágenes se van diluyendo paulatinamente hasta desaparecer).

El traslado se prolonga, el martirio también: fiebre, hemorragias y largas jornadas atado sobre una mula, casi sin agua ni alimentos, lo están matando... Sin embargo, por

---

1) “*Cegar*” el caballo: estrategia usada por el gaucho ante el peligro: lucha, terreno difícil, incendio de pastos, etc. N/A. 2) Recuerda la batalla de Chancay: Caleta de los Pescadores, Perú (25 ó 27 de noviembre de 1820, la fecha es incierta). N/A.

2) Recuerda la batalla de Chancay: Caleta de los Pescadores, Perú (25 ó 27 de noviembre de 1820, la fecha es incierta). N/A.

momentos sonrío; desvaría... su mente crea mil fantasías placenteras: “el Pabellón Nacional lo cobija en su seno. Percibe suaves caricias en la cara, nada o nadie podrá dañarlo. La Patria, madre amantísima, lo protege”.

Al tercer día lo vence el sueño, un largo, larguísimo, eterno sueño... El velo letal e implacable se despliega, sella sus ojos y lo confina para siempre al reino universal de las tinieblas.

El altivo oficial riojano se pavonea ante su jefe; ríe orgulloso y exhibe cual un trofeo los restos mortales. Facundo se santigua, cubre el cuerpo con su propio poncho y le recrimina:

“Por no manchar con tu sangre el cadáver del valiente Coronel Pringles, no te hago pegar cuatro tiros ya mismo.

¡Cuidado otra vez, miserable, que un vencido invoque mi nombre!”<sup>3</sup>

Prendida a la pechera del difunto, la medalla que San Martín hiciese grabar con la inscripción: “a los gloriosos vencidos de Chancay”.<sup>4</sup>

-Traigan la Bandera Nacional, será su mortaja –la voz del “Tigre de los Llanos” suena diferente, exenta de altivez denota congoja-. Su conducta y valor patriótico merecen ese honor, y mucho más.

El nombre del Coronel Juan Pascual Pringles, héroe indiscutido de la Patria, fiel custodio del Pabellón Nacional, perdurará en el bronce y en la memoria y el corazón del pueblo.

---

<sup>3</sup>) Textuales palabras, insinúan que Pringles, pese a estar enfrentados, confiaba en él. <http://www.taringa.net/>

<sup>4</sup>) San Martín premió su valor. Fue la única vez que entregó una distinción a soldados vencidos. N/A

## El diario del Orate

En mi larga trayectoria profesional he visto y oído cosas rarísimas, asombrosas; pero ninguna historia con ribetes tan extraños como la siguiente.

Según apreciarán los amables lectores, agregué esta página al diario íntimo de un extraño y a la vez risueño personaje. El presente párrafo cumple con la misión de introducirlos en el tema. Deberán leer con atención el diario, para acceder después a la exposición de mi teoría y conclusión final –si consigo esbozarlas-; y así, sólo así, quedará dilucidado el enigmático caso.

Disfruten de la historia, es mi mayor deseo...

Doctor Brauer.

He aquí el diario:

Aunque me expreso el cerebro ignoro quién soy y de dónde vengo. Descubrí de repente mi existencia, en medio de la nada; en pleno corazón de la cordillera, inmerso en un pequeño y magnífico valle, rodeado de altos e imponentes cerros. A poco de “revivir” sentí, como le debe suceder a toda criatura, un malestar imposible de definir, algo se agitaba en mi interior, una creciente sensación de ansiedad... El instinto animal me hizo comprender todo sin necesidad de maestros o explicaciones, me hostigaba una acuciante necesidad fisiológica. Sí, efectivamente... ¡tenía un hambre atroz!

Las primeras escaramuzas procurando alimentos fueron desastrosas y debí engañar mi atormentado estómago con algunos frutos silvestres, sin evaluar si sería favorable o perjudicial ingerirlos. Afortunadamente calmé en parte mi apetito sin ulteriores consecuencias.

A poco de iniciadas las exploraciones encontré un objeto inanimado, rarísimo; mucho después lo identifiqué. Se trataba de una nave espacial, posiblemente de otro

planeta. Al carecer de pasado y, por consiguiente, exento de recuerdos, desconocía lo relativo a aviones o cualquier otro aparato mecánico. En realidad, lo ignoraba todo. Me aproximé receloso -no lo niego- y un extraño sujeto avanzó hacia mí. Sobresaltado, di un salto y él, espantado a su vez por mi presencia, hizo lo propio. Agité los brazos en ademán de saludo para inspirarle confianza y disipar su aprensión. El extraño ser repitió el gesto...

También aprendí esa lección, el “desconocido” era yo, reflejado en la brillante superficie de la nave. Superado el susto, respirando agitado, con el corazón en la boca, inspeccioné los restos y no advertí vestigios de seres vivos o muertos. Más tranquilo, proseguí con la requisa y rescaté ciertos elementos (comprobé mi acierto al apreciar posteriormente sus cualidades); en realidad, todo era bienvenido...

De no tener nada pasé a ser el feliz poseedor de un espejo (aunque roto), varios utensilios de cocina, pedazos de tela, útiles de escribir y recipientes conteniendo líquidos, etc. (tiempo después, recién, supe sus nombres y utilidades).

En sucesivos viajes llevé lo seleccionado hasta un precario refugio; apenas “pusiese en orden mis asuntos” buscaría otro mejor. Al ver los materiales disponibles lloré de emoción.

“Ahora debo planificar mi futuro”, pensé. ¡Como si hubiese alguno aguardándome!

Llegó la noche, todo era quietud... Mientras repasaba los hechos recientes, ansioso por saber más de mí; saboreaba las últimas frutas, respirando tal placentera sensación de paz, lejos del mundo y su ajetreo... De pronto una serie de rugidos me sacó de tal abstracción. Sin dudar un instante, con sorprendente agilidad digna de ser envidiada por un simio, me encaramé a una saliente pétreo; allí estaría a resguardo de cualquier peligro. Acerté de plano, en pocos minutos apareció la manada de perros cimarrones,

“los moradores de la caverna –supuse- defenderán con uñas y dientes su cubil, su territorio”. Ladraban y gruñían en forma desaforada, intuían y buscaban a un potencial enemigo para despedazarlo... ¡A mí!

Por causa de la jauría apresuré la mudanza. Ubiqué el sitio ideal, estratégico, entre un grupo de peñascos, a resguardo de vientos y nevadas, y lo fundamental, fácil de defender en caso de ataques de hombres o bestias.

Recogiendo materiales (en su mayoría vegetales) para construir la vivienda, tropecé con una mochila semienterrada al pie de un arbusto espinoso. Posiblemente, restos de alguna expedición y en ella, para mi alegría, un par de libros. Traté de descifrar su contenido y me resultó imposible, esa noche dormí con los caracteres rondando mi mente. Repasé pausadamente cada símbolo impreso, y de a poco, la comprensión se abrió paso, disipando las tinieblas de mi cerebro, así llegué a leer y escribir a la perfección ese idioma hasta entonces desconocido.

Ahí nació la idea de llevar un diario. Al comienzo, casi sin pensar, tomé notas en otro idioma jamás visto, ¿sería mi lengua materna, acaso? Debía investigar el significado de muchas cosas, sus nombres, características, condiciones de uso, etc. Estas páginas las escribí después, al tomar contacto con la civilización, y tener “pleno conocimiento de causa”, podríamos decir.

Retorno a la historia. Sólo una cosa me preocupaba, el temor a agotar el papel. Las hojas estaban en una caja de metal brillante, y... ¡vaya sorpresa! Conforme las extraía, se reponían en forma automática; la cajita era, a no dudar, “una fábrica de papel”. Con otros elementos sucedió lo mismo, los lápices recuperaban el tamaño original; las hierbas aromáticas que, según intuí, servían para preparar infusiones de sabor sumamente agradable, parecían no tener fin, lo mismo pasó con la provisión de un polvo

muy dulce, siempre había. Hasta un artefacto de forma cilíndrica encerraba su misterio. Oprimí un botón del mismo y surgió una llamita (se apagaba volviendo a pulsar la tecla); con ese “fuego eterno” (sigo sin entender cómo funcionaba) cociné durante mi estadía en las montañas.

Para construir la cabaña me inspiré en las ilustraciones de los libros; quedó bastante parecida. Cerca del lugar escogido para la edificación hallé gran cantidad y variedad de árboles frutales. Me sedujo una idea y así fue como corté y utilicé ramas de cada uno de ellos (afortunadamente disponía de herramientas rescatadas del siniestro). Varios recipientes contenían un líquido de color verdoso y de acuerdo a las instrucciones de los envases impresas en un dialecto extraño, pero entendible, ¿tal vez la lengua de mis mayores?, ofrecían gran resistencia al sol y los agentes climáticos.

Tomando en cuenta dichas características decidí mezclarlo con tierra y obtuve una pasta homogénea muy apropiada para sellar las grietas entre los troncos.

Terminada la vivienda disfruté de un verano fabuloso, hasta solía darme el lujo de nadar en un lago de aguas purísimas y, excepcionalmente, remontaba un arroyo, con abundancia de peces, exquisitos por cierto. Algo me tuvo intrigadísimo, en diversas oportunidades al pasar cerca del vehículo espacial, noté cambios sustanciales en él; su aspecto mejoraba a ojos vistas, daba la impresión de estar siendo reparado. Para desentrañar el misterio monté guardia noche y día; perdí el tiempo lastimosamente, si había operarios trabajando, por fuerza “eran invisibles”.

El invierno, crudo, hostil, implacable, me obligó a permanecer encerrado; afortunadamente había tomado mis precauciones y contaba con leña suficiente, además de carne en abundancia. Tuve la fortuna de cazar algunos cérvidos con trampas, cubrí su

carne con una gruesa capa de nieve y se conservó a la perfección. Sin esfuerzo alguno, la naturaleza me brindaba un sistema ideal de refrigeración.

En dichas trampas cayeron también dos perros cimarrones cachorros, curé sus heridas y los domesticué. Fueron de suma utilidad; aparte de brindarme compañía, cuidaban la cabaña contra cualquier merodeador. Me encariñé con ellos, a decir verdad nos encariñamos mutuamente, hice dos collares de piel de ciervo y con una piedra caliente grabé sus nombres en los mismos (inventados, sin significado alguno, desde luego); Guli, un enorme e imponente lobo negro y Benchi, de color pardo oscuro y menor porte.

Me sentí todo un estudiante, aprovechando al máximo el confinamiento invernal aprendí a leer correctamente y adquirí amplios conocimientos geográficos, históricos, botánicos, etc. La mayor sorpresa la tuve al finalizar el invierno. Llegó la época del deshielo, los pájaros alegraban y alborotaban con su canto; un concierto de trinos, gorjeos y arrullos se enseñoreó del valle. La naturaleza invitaba a disfrutar del paisaje, a vivir, a soñar...

Cierta mañana vi una flor diminuta en la pared de la cabaña, observé con detenimiento y encontré varias. ¡No podía ser...! Las ramas llevaban casi un año de cortadas. Apremiado por la escasez de víveres, debí salir de caza, ya investigaría el asunto...

Olvidado el tema, días después, en un rincón contra el techo divisé una manzana. Efectivamente, las ramas tenían pequeños brotes y cada una ofrecía frutos frescos y sabrosos, listos para el consumo. Sólo podía deberse al líquido utilizado, no hallé otra explicación (ésta no me satisfizo, pero era la única probable).

Pasé una temporada maravillosa, sin novedades, en permanente comunión con la naturaleza, al extremo de considerarme parte de ella. Sin embargo, una idea, una loca idea en realidad, comenzó a germinar en mí; el pensamiento de si habría seres como yo tras los cerros se convirtió en obsesión. No podía soportar más las ansias de averiguarlo. Necesitaba compañía, seguir viviendo en soledad resultaba horroroso.

Preparé lo indispensable y un amanecer emprendí el ascenso de la montaña, debía cubrir el mayor trayecto posible antes de caer el sol y buscar refugio para pernoctar. Se aproximaba el invierno, y en esa época, cuando el astro rey se oculta, desciende mucho la temperatura y es imposible subsistir sin un reparo adecuado.

Transcurrieron dos jornadas sin novedad y en la tercera, mientras me disponía a acampar llegó la tormenta. Ahí conocí el infierno, no hay palabras capaces de describir ese caos, la fragilidad del ser humano ante la cercanía de la muerte. El viento huracanado arrastra infinidad de esquirlas pétreas muy aguzadas que penetran en la carne y diminutas partículas erráticas castigan el rostro y dificultan la visión. Creí llegado mi fin.

Un buen día, amainó el vendaval y en esa calma chicha, comenzó a nevar. Pasé varios días literalmente enterrado en una oquedad; no sé cuánto tiempo permanecí allí, casi sin probar bocado, aterido de frío, presintiendo un inminente desenlace fatal. Al fin me arriesgué e inicié el descenso por la ladera opuesta, la marcha se tornó cada vez más lenta, parecía tener los pies atados; mis fuerzas flaqueaban y el espesor de la nieve acumulada contrariaba las ansias de llegar cuanto antes a la base de la cordillera.

Consumidos la mayoría de los alimentos disminuyó notablemente el peso y tamaño de la carga. Las perspectivas ahora eran alentadoras, casi excelentes, mi ánimo también; el sol asomaba con timidez, pero al menos reaparecía tras la tempestad. Hice un alto



para reponer energías, y tras comer las últimas tiras de carne disecada, decidido a explorar los alrededores, llegué hasta el borde del acantilado y miré hacia abajo. Distinguí una diminuta columna de humo lejana y sonreí aliviado. Fascinado por la agreste belleza del paisaje, mientras estudiaba la ruta más conveniente para descender, no advertí el peligro...

¡El mundo se desplomó! (Ahí supe lo que es un derrumbe).

Tras una semana inconsciente en el hospital de la aldea, recuperé el sentido. Según el viejo pastor, mientras su nieto recorría la majada me encontró cubierto por tierra y pedruscos; de no mediar ellos, la cosa hubiese sido muy distinta.

Fui interrogado, y, por supuesto, no supe decir quién era, mi procedencia u ocupación. La policía, tras la infructuosa averiguación de antecedentes, me trasladaron incomunicado a la ciudad. Agotadas las instancias para identificarme y no creyendo una palabra de mi relato, fui sometido a un riguroso examen psiquiátrico y como resultado, a los pocos días estaba internado en un instituto para enfermos mentales.

Allí aprendí todo: nombre y uso de cada cosa, el accionar de los individuos, su comportamiento en sociedad, etc. Entonces, en base a los apuntes, me dediqué a escribir estas líneas. Por suerte el doctor Brauer me proveyó de lo necesario (la fábrica de papel y útiles de escribir quedaron en la montaña), nunca podré agradecer en debida forma las atenciones de este médico, sólo él me comprende.

En cada sesión con el cuerpo de psiquiatras reiteré mi versión, la misma del diario. Sorprendí a los especialistas cruzando miradas cargadas de conmiseración al confirmar mi superlativa demencia. Para ellos y la ciencia yo constituía un caso perdido.

Si bien, según me propuse, conseguí dar con mis semejantes, resultó imposible integrarme a la sociedad, un imponderable me condenaba a pasar marginado –peor aún, prisionero- el resto de mis días.

Por fin concluí esta exposición, como presiento inevitable y cercana mi partida, dejo aquí estricta constancia de mi postrer deseo: *“Cuando ya no aliente, quiero ser cremado. Además, solicito al doctor Brauer lleve mis cenizas a la cabaña donde pasé los mejores años de mi existencia y las deposite en su interior, junto a estas páginas. Debo soslayar –supongo- la consabida frase: “en pleno uso de mis facultades mentales”, sería una incongruencia, ¿no?* Firmo con mi nombre, el único conocido por mí e impuesto en el instituto; no tuve otro. El Orate”.

Como habrán visto -o leído-, tengo el compromiso moral de cumplir su última voluntad, ¡pobre!, confió a ciegas en mí. En consecuencia, ahora estoy abocado a esa misión.

Consulté al viejo pastor y siguiendo sus indicaciones logré cruzar la montaña afortunadamente con tiempo óptimo y sin inconvenientes. Contemplo atónito la morada del Orate, no puedo dar crédito a mis ojos, hasta me pellizqué varias veces...

Creí estar sumido en un sueño, vivir una aventura de Las Mil y Una Noches, o habitar un planeta remoto, no mancillado por la planta del hombre. Sobre una piedra usada como mesa por el antiguo morador deposité el cofre metálico con las cenizas y el diario, testigo gráfico de las increíbles aventuras y desventuras de su autor.

Ante mí se abría un mundo nuevo, fantástico, irreal. Comí los exquisitos “frutos del edificio”, disfruté del lago y sus aguas de ensueño y pude observar parte de las trampas utilizadas por el Orate para cazar.

Pasé algunos sustos, como verán... Una tarde, brotado de la nada se materializó un enorme lobo. La sensación de peligro fue instintiva y reaccioné con un gesto violento. El viejo cánido emitió un quejido lastimero y se arrastró hasta quedar echado a mis pies, meneando la cola en señal de sumisión. Solté la carcajada al reconocerlo, el pelo azabache de Guli brillaba bajo los rayos del sol; todavía, después de tantos años, conservaba el collar.

Varias noches, ¡otro sobresalto! Me despertó un ruido extraño, como si la tapa del cofre fuese removida. No podía ser, mi imaginación inventaba cosas. “¿Me contagié del Orate?” -llegué a pensar-. La presencia de Guli me inspiraba confianza, él me protegía...

Resolví visitar la famosa nave, un rudimentario plano hallado entre otros papeles señalaba el sitio con toda precisión. Marchando más de dos horas a buen paso cubrí una distancia considerable. Dudé sobre la historia del plato volador; si bien los demás detalles coincidían, esta debía ser una fantasía creada por su mente enferma. Desistí de proseguir, me alejaba mucho del campamento y pasar la noche fuera de él no me seducía en absoluto. De pronto escuché un suave ronroneo, el sonido de un motor distante o algo parecido. Creí volverme loco. Detrás de un montículo, a escasa altura y baja velocidad, apareció la astronave avanzando en línea recta hacia mí; luces de mil colores se encendían y apagaban, ofreciendo un espectáculo maravilloso. No sé si predominó el pánico o el asombro, resulta imposible en determinadas circunstancias identificar y describir sensaciones y emociones.

¡Aún faltaba lo mejor...! Guli comenzó a ladrar y saltar enloquecido; presentía algo. La nave se aproximó y a través de un enorme visor u “ojo de buey” El Orate, me saludó.

Sí, el Orate risueño hacía gestos de despedida con los brazos -me pareció ver lágrimas en su rostro-.

En cuestión de segundos, sin tiempo a devolver el saludo, desaparecieron: el platillo y su tripulante.

Guli, el buen Guli, miró hacia el cielo y comenzó a gemir y llorar. Volví solo, el fiel animal prefirió esperar el regreso de su amo.

Ingresé a la cabaña en un estado de conmoción terrible, como un autómata, no comprendía lo sucedido.

¡Entonces llegó el golpe de gracia...! Mi intriga y desconcierto se agigantaron. ¡Faltaba el diario...! (Por suerte había guardado esta copia).

Vi el cofre destapado; me acerqué presuroso y temeroso a la vez y miré en su interior. ¡Estaba vacío!

En el pozo insondable de la noche, Guli aguarda. El viento cordillerano, eterno trashumante del espacio, transporta los sonidos. Grietas, depresiones y cavernas los multiplican en mil ecos y producen un resultado acústico repetido y amplificado; consecuencia lógica y perfecta de toda proyección auditiva. Cada sima o cima del cordón montañoso percibe y retransmite la lealtad y el intenso dolor a través de los aullidos lastimeros de un lobo...

Ese recuerdo me persigue desde entonces... el lúgubre lamento de un simple lobo.

## El héroe<sup>5</sup>

Llevaba días internado sin acusar mejoría, los especialistas y la ciencia agotaron los recursos.

Juancito, muchachito bullanguero de diez años, dinamismo puro, era incapaz de estar quieto dos minutos; sin embargo, después del accidente cambió por completo. Ante las reiteradas preguntas sobre Rayo, su compañero inseparable, le respondió el silencio. ¿Cómo decirle que el cachorro ofrendó su vida para salvarlo? ¿Quién se atrevería a hacerlo?

La incertidumbre reforzaba sus sospechas, Rayo estaba muerto, no le cabía duda; ese pensamiento lo atormentaba y era la causa de su estado depresivo y falta de voluntad.

Evocó los momentos de alegría compartidos con el perrito. ¡Cómo lloró al desprenderse de Fuego! Pero no lo dejaban quedarse con los dos.

Nacieron una noche tormentosa, ¡llovía con tal intensidad...! Las furias del averno disfrutaban liberando su satánico instinto destructor. El niño sostuvo el farol mientras su padre rescataba de entre los escombros a los dos perritos, mojados, ateridos de frío, y los ponía envueltos en trapos secos junto al hogar. La madre quedó sepultada con el resto de la camada, nada pudieron hacer, habían muerto bajo las paredes derrumbadas del galpón.

Seguía desgranando recuerdos: las sesiones con el biberón, alimentándolos, los juegos en el parque de la chacra, las carreras persiguiendo pájaros o animalitos silvestres y el susto cuando Rayo, sin intención, juguetón y travieso como él solo, mató tres pollitos alejados imprudentemente de los cuidados de mamá gallina. Los hizo

---

5) Primer Premio (Medalla de Oro), certamen "Primo M. Beletti 2010". SADE; Villa María, Córdoba, Argentina.

desaparecer por miedo a la reprimenda, sus padres amenazaban a cada instante con sacrificar o regalar los cachorros si causaban daños.

Pasó varios días abstraído, enfrentado a la disyuntiva de escoger, podría conservar sólo uno; uno, así estaba estipulado. El pequeño Juan dudó al momento de la decisión, no sabía con cuál quedarse, eran idénticos, resultaba casi imposible distinguirlos. Últimamente los diferenciaba la pequeña cicatriz en la frente de Rayo. Se rasguñó con una rama y le quedó la “marca personal”, según decía con orgullo su pequeño amo. Lo curó con el mayor esmero y por tal motivo decidió que ése sería su perro.

Desde un escondite, asistió acongojado a la partida de Fuego una fría y lluviosa mañana. Con el alma desgarrada vio como Ángel y Esmeralda, tíos lejanos de su padre, se lo llevaban. Los ojos de ambos ancianos brillaban por la emoción, no tenían hijos y el animalito llegaba a cubrir en parte esa carencia tan importante de sus vidas; a no dudar, sería el destinatario de todo su cariño.

Como en un sueño, los trágicos hechos invadían su mente en forma precipitada: la temporada pasada con el grupo de exploradores en las sierras, los paseos y juegos; el intento de ascender al Cerro Pintado, los alegres gritos de sus compañeros y, a media tarde, la oscuridad repentina del cielo y el viento huracanado anticipando la violencia de la inminente tormenta. Juan, en el apresuramiento y la confusión reinantes, quedó rezagado y se extravió al emprender el regreso; cuando Rayo tironeó varias veces de sus ropas, no comprendió que pretendía llevarlo a la seguridad y lo rechazó de mala manera.

El perrito lo seguía a la distancia, cohibido, temeroso y sorprendido por la violenta reacción, inusual en el chico. El joven explorador comenzó a andar sin saber adónde iba; avanzaba con los ojos entrecerrados a causa del polvo y las hojas de los árboles

arrastrados por el vendaval; perdido por completo el sentido de la orientación. Corría y corría, desesperado... de pronto tropezó y fue rodando hasta el río.

La impetuosa correntada lo arrastró a una velocidad vertiginosa, en el descenso su cabeza y extremidades golpeaban violentamente contra las rocas, se vio perdido. Sobre el fragor de las turbulentas aguas, se oían los desesperados ladridos del perro que se acercaba dificultosamente luchando con el río embravecido. Perdió el conocimiento a consecuencia de un golpe en la cabeza y a partir de ahí, el silencio, el vacío, la nada.

El fiel animal, tras enormes esfuerzos, consiguió darle alcance y lo llevó hasta la orilla. Cuando los hallaron en una pequeña playa, cerca de los rápidos; el pequeño héroe tenía los ojos opacos, los nublaba la proximidad de la muerte; por un enorme desgarró en el pecho se le escapaba la vida.

Transcurrieron más de dos meses sin aparente recuperación; según los facultativos, su estado era estacionario. Fueron dos meses interminables, de intenso dolor por la pérdida de su amigo y salvador; pérdida que nadie se atrevió a desmentir.

Una radiante mañana, los pasillos del hospital se estremecieron con la precipitada carrera y los alegres ladridos. Juan lanzó un grito de alegría al intuir quién provocaba tal alboroto. Se incorporó rápidamente en la cama y volvió la cara hacia la puerta de la habitación. Allí, parado en dos patas como él le enseñara, estaba Rayo. El animal entró corriendo y comenzó a lamer la cara del muchachito que reía y reía sin parar.

En el pasillo, los médicos se miraron asombrados, comprendieron que el enfermo recibía en ese momento la mejor de las medicinas, se repondría rápidamente, estaban seguros de ello.

Un grupo de personas conversaba en la entrada del nosocomio.

-Gracias, doctor –dijo Ángel al joven veterinario-; daba pena causarle la herida, pero necesitábamos que tuviese la cicatriz, debía dejar de ser Fuego y convertirse en Rayo.



## **El internauta**

Reniego del aciago día en que compré el ordenador. ¿Quién me mandó? Yo, que siempre fui feliz, me encuentro ahora metido en un infierno por su culpa. Al comienzo la relación fue perfecta, “escoba nueva, barre bien”. ¡Cuánta razón tiene el aserto!

Compartimos muchas horas de trabajo; la mágica ayuda de tan maravilloso auxiliar facilitaba mi tarea profesional como escritor. Recuerdo haberlo mirado con incredulidad, asombrado por sus conocimientos y eficiencia; hasta llegué a considerarlo el ayudante ideal y el mejor de mis amigos. Y ahora, esto. ¿Por qué fui elegido entre los miles y miles de millones de habitantes del planeta? Con la invaluable colaboración de Magnum -nombre que le impuse al conocerlo-, mi nueva novela, “Espionaje perfecto”, crecía a pasos agigantados.

En honor a la verdad, debo decir que toda la culpa de mis infortunios no fue suya. Bien mirado, me corresponde el mayor porcentaje de responsabilidad. Además de mis trabajos literarios se me ocurrió entrar en Internet, experiencia “súper”, “de onda”, que pareciese conferir a quien goza de dicho privilegio un status especial. Comprobé que ahí, en Internet, mi amigo era único, imprescindible. Guiado por él, de la noche a la mañana, “navegaba” como el mejor. Conocía tanto de Internet como de traducir el japonés, o el sánscrito, en definitiva... ¡Nada! Pero confiaba ciegamente en la capacidad y fidelidad de mi acólito.

El inicio fue lindo, ¡cuántas novedades! ¡Algo fantástico, inigualable! Conocí gente de todas latitudes y de diversa índole. Recorría el orbe sin moverme del sillón; tomando mate, escuchando música, o ambas cosas a la vez. “¡Un invento genial!”, pensé.

Siguiendo la costumbre de tantísimos cofrades, me introduje de lleno en un universo de fantasía: ¡El chat! Palabra mágica capaz de resolver los conflictos más complicados: soledad, aburrimiento, estrés, etc.

En fin, resultó la panacea para las traumáticas e intrincadas situaciones emergentes de este mundo moderno, invadido y sometido por la fría tecnología e intereses despiadados e inhumanos.

Tuve -debo reconocerlo- innumerables satisfacciones: intercambios de opiniones y obras literarias con muchos colegas, posibilidad de relacionarme con editoriales, acceso irrestricto a informaciones generales y datos de certámenes, etc. Estaba tan a gusto como el pez en el agua y, como uno a lo bueno se acostumbra pronto, me movía como tal a lo largo, ancho y “alto” del “ciberespacio”, palabreja nueva ausente del diccionario muy utilizada en estos días (no sé con precisión qué significa, pero suena bien), ¿o no? Además, pronunciarla confiere cierta categoría; otorga a quien lo hace, en apariencia - sólo en apariencia, por supuesto- un superlativo coeficiente intelectual.

Maldigo ese buen día –ahora no lo considero tan bueno-, cuando, a comienzos del otoño, me zambullí alegremente en el chat; como consecuencia de ello al poco tiempo tenía un ejército de “amigos” diseminados a lo largo, ancho y “alto” del mundo. Nunca fui reservado, por lo tanto, conté vida y milagros a cada uno de ellos, o sea, que los foros se convirtieron para mí en algo así como un confesionario, donde acudir a descargar todo aquello que bullía en mi interior.

Por supuesto, ese intercambio suele y puede traer aparejado un grave peligro. Sabía, por comentarios, de sujetos que se introducen en equipos ajenos, revisan archivos, roban material, bloquean e intervienen cuentas bancarias, extraen sus fondos, etc. No obstante,

irreflexivamente, decidido a trascender, creé un sitio Web y fui alojando mis obras en él.

Al descubrir algunos comentarios un tanto elogiosos de los visitantes, mi ego alcanzó proporciones descomunales, ¡me asombré de lo ingenioso que era!

Seguí entregando informes y detalles –ficticios, por supuesto- que, de haber sido reales y caer en manos inescrupulosas, causarían –y me causarían- más de un dolor de cabeza.

Yo, ¿desconfiar de algo tan ideal, el pináculo de la perfección? ¡Jamás!

Sin embargo, previendo la posible futura incursión de algún advenedizo en mi ordenador para consultar o sustraer información confidencial e inédita, lo ubiqué en un rincón de la casa, disimulado y con escasa iluminación; así dificultaría la tarea de los “Jackers” (otro término muy en boga entre los cibernautas, a los cuales yo pertenecía hacía rato, por mérito propio, adquirido en mis largas horas de vigilia en Internet). Tendrían libre acceso únicamente al material ofrecido por mí, el resto estaba vedado a ojos indiscretos, me pertenecía y nadie debía meter las narices.

Ahora, ante esta situación tan violenta, veo lo ciego y estúpido de mi proceder. ¿A quién se le ocurre crear semejante trama y exponerla? ¡A nadie!

Sólo a una mente tan brillantemente desquiciada como la mía. Hasta para ser loco hay que cumplir ciertos requisitos. No cualquiera tiene las indispensables aptitudes para ello. A mí, por lo que pude comprobar, me sobran. Soy un loco sobresaliente. Lo que se dice, ¡un “señor” loco!

Me recomendaron extremar las precauciones para evitar el ingreso de elementos indeseables, que tratarían por todos los medios de destruir mi equipo y todo su contenido. Me reí de esos consejos. ¿Invasiones a mí, ¡a mí tan luego!?

Haciendo gala de mi tozudez proseguí “compilando” datos, planos, fotografías e infinitos detalles del sistema de seguridad nacional y sus falencias –siempre existen-, y las distintas maneras de vulnerarlo. Me propuse dejar al descubierto el talón de Aquiles del Departamento de Defensa Nacional, tan celosa aunque ineficientemente guardado. Como dicha actividad no serviría de nada sin su correspondiente divulgación; propagué dónde, cuándo y cómo quise “todo lo investigado”, con lujo de detalles y sesudos comentarios de mi autoría. Me sentí sumamente hábil, poderoso, omnipotente.

Manejar impune y libremente ese cúmulo de secretos de estado –aunque falsos- constituía mi mayor orgullo. Me había convertido en una de las mentes preclaras de la humanidad, quizá la más descollante. Atila, Julio César, Nerón, Colón, Napoleón; Galileo Galilei y cuanta personalidad se pueda imaginar o mencionar, es un liliputiense comparado a un coloso del intelecto como yo.

Saboreaba las exquisitas mieles del triunfo, disfrutando plenamente de mi obra magna cuando recibí la primera amenaza. El cartel con destacadísimas letras rojas anunciaba la presencia de intrusos; no obstante, como todo funcionaba con normalidad, lo ignoré.

Algunos días después el aviso aparecía cada pocos minutos y operar el equipo ya no era tan fácil.

Luego sucedió algo que me trastornó, no me atrevo a divulgarlo; además, sé que podré contrarrestar el peligro. Voy a bloquear al enemigo. Sí, como suena, lo someteré por el hambre. Cortaré la conexión a Internet, así las tropas invasoras no podrán reabastecerse y serán un juguete en mis manos.

¿“Ellos” atacando...? ¡Qué extraño! Debí ser más inteligente, hacer un caballo de madera, penetrar por sorpresa en su ciudad y tomar la plaza. ¿Cómo no se ocurrió? Ahora –aunque momentáneamente- me tienen a su merced...

En mis retinas y cerebro quedó grabada la fatídica frase: “¡Alerta! ¡Peligro... masiva e inminente invasión de troyanos!”

## El mago<sup>6</sup>

En esa noche oscura y templada de otoño, el jinete disfruta la fresca caricia del viento sobre el rostro mientras avanza al galopito manso; despreocupado. Silba alegremente y permite al caballo decidir el rumbo. La rutina lo guía y el noble animal se detiene como tantas veces frente al rancho<sup>7</sup>. El joven desmonta entre un concierto de ladridos y –según acostumbran- los perros ejecutan ante él una danza pletórica de piruetas y contorsiones.

En la puerta, sosteniendo una tiznada lámpara de kerosene, la dueña de casa escudriña temerosa e intrigada las tinieblas circundantes.

-¿Quién es...? –El miedo estrangula su voz-. Por favor... ¿quién es? –reitera.

-¡Yo, Doña Margarita! El “Fede”. ¿No ve cómo festejan los perros...?

-Cierto, muchacho, te quieren más a vos que a mis hijos o al viejo. Pasá, pasá...

Ingresa a la cocina y saluda, las tres muchachas se hallan concentradas en sus tareas: una teje, otra borda, y la menor reniega con una radio que permanece muda.

-Dejala, María, el acumulador debe estar agotado –dice el chico-, cuando vaya al pueblo lo haré cargar, –la joven asiente, sonriendo.

-Gracias, Fede, sos un buen amigo, el mejor; si no fuera por vos... -apantalla la hornalla de la “Carelli”<sup>8</sup>-, en recompensa, prepararé unos amargos.

“Cada día me gusta más esta chinita –piensa-, es preciosa, ¡no conozco otra igual!”

-¡Sentate, che! –Dice la matrona con amabilidad-. ¡Qué milagro verte, tan luego hoy!

-¿Cómo, Doña, qué hay de especial hoy? –Mira en derredor asombrado-. ¿Y los hombres de la casa?

<sup>6</sup>) Aunque parezca mentira, la historia es absolutamente real. N/A.

<sup>7</sup>) Vivienda de campo en países sudamericanos. (Paredes de adobe o “chorizo” y techumbre de paja). N/A.

<sup>8</sup>) Carelli: afamadas cocinas, herramientas y ollas de fundición fabricadas en Venado Tuerto (S. Fe). El Ejército Argentino utilizó durante décadas ollas gigantescas de la marca “Carelli”, apellido de la familia propietaria. N/A.

-Se fueron a “Las Cuatro Esquinas”<sup>9</sup>, hay función, ¿no sabías?

-¿Función...? ¡No, qué voy a saber!, hace un mes estoy solo arando el lote veintiuno y queda donde el diablo perdió el poncho; vine a la tardecita a buscar ropa limpia y comida para unos días; además quería hablar con los amigos, con alguien. ¿Vio, Doña? Vivo con mi abuela, y para colmo, sorda –de reajo mira a María, “el amigo” que tanto deseaba ver.

-En el boliche actúa un mago famoso –dice la vieja-, viene del Rosario, dicen que...

-¡Acabáramos, un mago! –Su tono es burlón-. No me llaman la atención, siempre con sus trucos baratos y “*superterías*”<sup>10</sup>. ¡Yo sí soy mago, el mejor que haya pisado por acá!

-¿Mago vos? ¡Andá! –la vieja suelta la carcajada y las hijas ríen con disimulo para no ofender al chico-. Hacé una demostración, ¡dale! Si sos tan bueno te será fácil.

-No me toree, Doña, mire que la cosa es seria –el muchacho habla con suficiencia-, no me venga luego con macanas, ¡eh!

-¡Dale! ¿Vos mago? ¡Pobrecito! ¡No me hagás reír, mago tan luego!

María ladea la cortina de la mesada en procura de unos marlos para arrimar a la cocina; lanza un grito estridente y con un salto huye despavorida seguida de sus hermanas. De abajo de la mesada, como por arte de magia, aparece un mate y con una rapidez increíble recorre la habitación haciendo mil piruetas. Doña Margarita, al verlo, ni lerda ni perezosa bate el récord de velocidad y se refugia tras la cortina del pasillo.

---

<sup>9</sup>) “Las Cuatro Esquinas”: típico boliche de campo, en una encrucijada de caminos (40 Km. al sur del pueblo). Fue vital para la colonia “El Zorro” hasta el desalojo de los chacareros (1967), propiciado por la Ley de Alquileres durante la presidencia de facto de Onganía. El edificio fue demolido a comienzos del S. XXI. N/A. (Ver “Mala memoria”, narración incluida en “Borrón... y cuentos nuevos”).

<sup>10</sup>) “Superterías”: barbarismo por “supercherías”. N/A.

-¡No te da vergüenza –grita y asoma fugazmente su rostro enrojecido de miedo-, hacerle esto a unas pobres mujeres! ¡Caradura! Si estuviera mi viejo te molería a palos.

Federico no tiene explicación, mira en todas direcciones tanto o más asustado que las mujeres; el mate parece guiado por un designio diabólico, va hacia él como una exhalación, pasa rozándole los pies y sigue su rauda marcha. Con la mirada extraviada, trata de incorporarse dispuesto a emprender la retirada y, ¡oh, sorpresa!, se desvela el misterio. Las mujeres, desde su ubicación no advierten el desenlace del asunto. La desenfundada carrera finaliza cuando el mate ambulante choca con una pata de la mesa, se ladea y una laucha esmirriada escapa despavorida. El chico suspira aliviado, alza al responsable del julepe y con cara de circunstancias lo muestra a Doña Margarita.

-¿Ve? ¡Nada extraño! Es un mate común y corriente. Disculpen, creí que les gustaría mi broma, es una de las tantas pruebas de magia y “*prestidigición*”<sup>11</sup> que hago.

-¡Te voy a dar bromas!, podría haberme agarrado un síncope o un patatús o un...

-Perdone, cuando me di cuenta del susto que tenían decidí romper el hechizo, una lástima, el acto da para más; al final aparece un duendecillo. ¡Es de divertido!

Convencidas de la habilidad del muchacho, madre e hijas divulgaron la historia –con las consabidas exageraciones- y durante años varios representantes artísticos llegaron a ofrecerle contratos muy jugosos que, Federico, modesto como él solo, rechazó de plano.

¿Los testigos? Se fueron de este mundo creyendo haber visto algo sobrenatural...

En realidad, fue así... ”Disfrutaron de un truco excepcional”. ¡¡Único e irreplicable!!

---

<sup>11</sup>) “Prestigición”: por “prestidigitación”. N/A.



## El olvido<sup>12</sup>

Fue eso, un simple olvido nomás. Apenas llegó a la estancia adquirió la costumbre de ir al pueblo a media tarde, deambular un par de horas y recalar por último en el club, donde, entre amigos o en soledad, bebía hasta perder el control.

En el verano lo mandaron al campo, precisamente para alejarlo del tipo de vida licenciosa y descontrolada que llevaba en la ciudad. Se habituó pronto de tal manera a la nueva rutina que no extrañaba lo más mínimo todo lo que dejara en la capital. Dinero no le faltaba, podía hacer y deshacer a su antojo, lejos además del control de sus padres, que fue perdiendo energía y eficacia conforme cumplía años; ahora disponía de todo, hasta le asignaron un viejo Jeep que funcionaba a las mil maravillas, a pesar de llevar tiempo arrumbado en un galpón, casi sepultado bajo una estiba de bolsas de semilla.

Entre sus manías figuraba una especial, entraba a marcha lenta al parque de la estancia, bajaba del vehículo y se tiraba con ropa y todo a la pileta. Por si se topaba con alguien, esto le despejaba la mente y disimulaba en parte la intensa baranda a alcohol. Ingresaba con el motor regulando para no despertar al personal, ocultar la hora de regreso y el estado en que lo hacía. Era tal la premura para tomar el baño que muchas madrugadas dejó el motor en marcha y hasta las luces encendidas.

Esa noche, fue como tantas otras, pero con una variante... Se hamacó sobre la tabla, tomó impulso y saltó. En el tiempo y espacio que medía desde el trampolín al chapuzón, abrió desmesuradamente los ojos al recordar... ¡Había visto vaciar la pileta para lavarla!

---

<sup>12</sup>) Ocurrió en la zona rural de Arias (década de 1970). N/A.

## Intercambio macabro

Salió de la morgue judicial portando la cajita con los efectos personales de su hija. “Sólo esto me queda, ¡pobre Anita! La Jueza Smarck dictaminó: “*Muerte accidental*” y cerró el caso –pensó- ¡la asesinaron y no podré demostrarlo! ¿Su crimen quedará impune?”

Meses después internaron a su desdichada esposa en un instituto psiquiátrico; nunca la visitó, no soportaba verla en ese estado. El mundo –su mundo- parecía derrumbarse; sin embargo, ciertos acontecimientos trágicos le alejaron de la depresión. Como Jefe de la División Homicidios debió enfrentar un asunto insoluble; sus treinta años de experiencia profesional claudicaban ante la sagacidad y el ingenio del “asesino de los pendientes”. ¡Ocho mujeres degolladas!

La primera tenía un aro vulgar, el otro era una preciosa luna de oro. Todas fueron “heredando” uno del cadáver anterior. Ese intercambio macabro constituía un juego siniestro, concebido por una mente desquiciada, satánicamente brillante.

Dos días antes, al atardecer, ultimaron en la escalinata de la catedral –lugar muy concurrido- a la hija del Senador Barry, exitoso político y empresario. No hubo testigos. “El delincuente –coligió el Capitán- maneja con asombrosa precisión tiempos y espacios”.

Los titulares de la prensa endurecían sus críticas: “*Hay que hallar al culpable, este crimen aberrante no debe quedar impune*”. “Éste –se dijo con amargura- ¿y aquél...?”

Al recibir la llamada presintió el final: posiblemente llegaba el momento de detener al canalla.

-Estamos solos, licencié al personal -gruñó la doctora Smarck al recibirlo-. ¡Atrápelo, Capitán! El poder no perdonará un fracaso, debemos hacer justicia.

-Así será, no lo dude. ¿Ve este arete tan bonito? El de la luna... era de Anita.

-¡Dios mío... -gritó aterrada- el otro tiene sangre!

La tomó con fiereza y deslizó la daga por su garganta. Sustituyó un arete con el de la última víctima y luego, con la mirada extraviada, contempló la escena riendo como un poseso.

-¡Usía, al fin triunfó la justicia! –gritó-. Ahora mi hijita podrá descansar en paz.

Había sangre por doquier... Parpadeó estupefacto, incrédulo, al ver el arma en sus manos ensangrentadas...

¡Acababa de descubrir al monstruo!

-¡Maldito criminal! Le cercenaré la yugular–gritó rabioso- y de un tajo...

### La revelación<sup>13</sup>

Guy des Cars realizaba una gira dictando conferencias en las más importantes universidades y centros culturales del mundo. Cuando salía del hotel con los minutos contados un adolescente lo abordó sonriendo cándidamente.

-Señor, si es tan amable, ¿me permite una palabra?

-Tú dirás, jovencito; –el célebre novelista, aún apremiado por el horario, lo atendió con su habitual deferencia.

El chico extrajo del maletín que portaba un abultado manuscrito y comentó: “Es mi primera novela y me gustaría conocer su opinión –ante el gesto negativo, insistió-, para mí su crítica es invaluable, lo considero la máxima autoridad en las Letras, ¿es mi ídolo!”

Su tono y actitud eran enérgicos, los impulsada la obcecada convicción del fanático.

-Sucede que debo disertar en instantes en el teatro Universal y al finalizar, sin demora alguna, trasladarme al aeropuerto; lo siento mucho, joven.

-Entiendo, señor, al menos sugiérame el nombre para la obra -dijo, balbuceante y con el rostro enrojecido el novel autor.

-Podría ser... ¡Hum...! –Des Cars se tomó la barbilla, pensativo-. Dime, en la obra ¿hay bombos... o acaso platillos?

-No, señor, en absoluto -respondió tímidamente el muchacho.

-¡Ya está! ¡Sin bombos ni platillos! Un título por demás sugestivo, nadie osará objetar “tu originalidad”. Te deseo mucha suerte, colega –dio un rápido abrazo al chico y se marchó.

La actitud del novel escritor y su apasionamiento le recordaron a otro muchachito

---

<sup>13</sup>) Narración basada en un reportaje realizado al novelista. N/A.

que deambulara años ha, pidiendo su opinión a los ídolos de entonces. ¿Cuánto hacía...?

El incipiente escritor quedó alelado, la mirada ausente, en trance. Cuando volvió a la realidad el novelista había desaparecido.

Entrecerró los ojos y escudriñó su alma... esa breve contemplación introspectiva le enseñó muchas cosas...

¿La fundamental?: cuán simples suelen ser los grandes, los verdaderos colosos, esos que afirman su descollante talla intelectual precisamente en la sencillez. Sonreía beatíficamente disfrutando de tan fascinante revelación. Transportado psíquicamente, su espíritu bogó al garette en la fibra íntima del Genio hasta recalar en el Sagrado Templo del Saber.

Y allí, sumido en profundo éxtasis, se hincó de hinojos ante el Altar Supremo del Duende Creador y agradeció la invaluable lección recibida.

Ahora era feliz... ¡Conocía el secreto...!

## Las pruebas<sup>14</sup>

Poco después de medianoche el vibrante estruendo de la campanilla profanó impiadoso la silenciosa quietud reinante. Duró sólo unos segundos, el tiempo indispensable para que Watson pegase un brinco y recuperado del sobresalto tendiese la capa sobre sus hombros y emprendiera una alocada carrera escaleras abajo hacia la puerta de calle. Al salir sintió el azote gélido de la ventisca, giró la cara buscando protección y entonces vio al hombre agachado junto a la acera, aguantando estoicamente las ráfagas del viento. Parecía agotado, sin duda su aspecto maltrecho se debía a una prolongada exposición a la intemperie.

-Holmes, Holmes... -Su voz extremadamente débil resultaba casi imperceptible.

Watson, sorprendido, le ayudó a incorporarse y lo condujo prestamente a una sala de la planta inferior. Batió las palmas y en respuesta apareció la señora Hudson, quien de inmediato se ofreció a preparar una infusión caliente para reanimar al visitante y ayudarle a reactivar la circulación. Mientras el desconocido sorbía el té, clavó en él la mirada; le resultaba familiar, había visto a ese hombre en algún sitio, estaba seguro. Pero... ¿dónde, cuándo?

En pocos minutos, el calorcito del hogar más el té con unas gotas de licor (destilado por la casera, según receta propia y secreta), repusieron sus energías.

-¡Holmes...! ¿Dónde está Holmes? –Balbuceó al fin, casi ahogado por la tos.

-¡Cálmese, buen hombre! ¿Para qué lo busca, qué necesita? Holmes no está en estos momentos –adujo el compañero del investigador-, puedo recibir su mensaje y transmitírselo.

(En realidad, desconocía su paradero, hacía una semana que el detective obraba de

---

<sup>14</sup>) La intención del autor no fue emular a Sir Arthur Conan Doyle, sino, por el contrario, rendir un homenaje al descollante novelista y sus celebérrimos personajes. N/A.

manera extraña; iba y venía a cualquier hora sin soltar prenda. En cierto momento, acuciado por su insistencia, argumentó: “Querido amigo, oportunamente se enterará de todo”).

-Es un asunto extremadamente delicado... -el tono del desconocido demostraba su intensa conmoción- robaron la colección de gemas de Lord Whitelock, justo hoy que debían ser embarcadas hacia el continente.

-¿Cómo, cuándo...? -La voz sonó una octava más alta de lo habitual.

-Esta noche, hará una hora a lo sumo. Apenas descubierta su falta corrí para avisar al señor Holmes, tengo órdenes de comunicarle cualquier contingencia.

-Bien, echaremos un vistazo, ¡vamos!

Watson marchaba en pos del extraño individuo rascándose la cabeza. “Juraría que conozco a este sujeto, -meditó- pero... ¿quién diantres puede ser?

De repente, como en un acto de magia, el extraño se volatilizó entre la densa bruma; Watson quedó perplejo.

Vio unas pisadas frescas y las siguió por la empinada cuesta hasta una enorme mansión. Se detuvo ante la puerta, aspiró hondo para reponer el aire de sus pulmones y una vez normalizada la respiración golpeó varias veces con la aldaba de bronce. Tras una considerable demora fue recibido por el palafrenero, individuo barbudo y de aspecto rudo que, contrariando su apariencia, lo atendió con suma cortesía.

-Señor, pido disculpe mi intromisión, una poderosa razón me obliga a molestarle a hora tan intempestiva, pero me es perentorio saber si alguien llegó a la casa durante o después del temporal.

-No excelencia, me levanté hace un par de horas a causa de la tormenta y puedo asegurar que excepto usted nadie traspuso ese umbral.

Watson observó todo con ojo crítico. La entrada estaba al extremo de una larga galería sobre cuyas paredes laterales convergían varias puertas; al avanzar guiado por el peón vio un pequeño charco y buscó su origen; algunas prendas colgadas de un rústico perchero se escurrían lentamente y en el suelo, contra la pared, divisó un par de botas, también mojadas. “Las han usado recién sobre la nieve –pensó-, por eso están mojadas y limpias”. Instintivamente comparó su tamaño con las pisadas seguidas desde el almacén del puerto; muy bien podrían concordar.

-Debo revisar los caballos cada tres o cuatro horas, ¿vio? –El hombre lo guió hasta una puerta al extremo opuesto, la abrió e indicó los establos-. Ese de la derecha, el oscuro, es King, ganador del Gran Premio de Europa, requiere un trato especial, no hay un pura sangre que se le iguale –dijo orgulloso, señalando a un animal de reluciente color azabache. El médico analizaba en tanto cada palabra, lugar u objeto. El acertado ensamble total de lo visto y oído aportaría la solución, estaba absolutamente convencido de ello.

-Señor, hace mucho frío, pase a este ambiente más agradable –dijo, conduciéndolo a una estancia contigua-, traeré una taza de café, le vendrá de perlas para entrar en calor, aunque aquí la temperatura es ideal, en esta sala se elabora el pan, ¿sabe? Precisamente mi esposa acaba de hornearlo, -señaló una cesta grande llena de panecillos y salió en procura del café prometido. Watson lo siguió con la mirada y luego tomó un pan de la canasta.

“Está frío –meditó-, ¡qué extraño... si lo acaban de cocinar...!”

Algo no andaba bien, recordó la indumentaria y las botas, presentaban detalles incongruentes. ¿El primero?, las prendas mojadas. Para ir a las caballerizas, comunicadas con la galería en forma directa, no era preciso salir ni cambiar de ropa. ¿El



segundo?, las botas limpias. En contraposición, el piso de la cuadra que albergaba a los animales estaba cubierto de estiércol. De esta observación se desprendería que las habían usado en el exterior, contrariando la versión del caballero; alguien había ingresado a la mansión hacía muy poco, ese hombre, indubitablemente, mentía; ¿por qué?

Mientras se encaminaba al puerto, varios interrogantes revoloteaban en su mente, ¿conseguiría responderlos para arribar a la solución del enigma? Era sumamente optimista. Sin embargo, para afianzar su hipótesis debía realizar ciertas comprobaciones. Llegó al almacén, ¡justo a tiempo! En la calle lateral estaba el carro del panadero, preguntó por él al recepcionista, éste asintió con la cabeza y fue a buscarlo a las dependencias interiores.

-Dejó nuestro pan y se marchó, estará proveyendo a las embarcaciones en el amarradero. -Dijo al regresar, con el desaliento pintado en la cara.

Watson dio las gracias y partió presuroso, temía llegar tarde. Al aproximarse, sonrió al ver cómo el anciano mal entrazado, con un parche sobre el ojo derecho, se desvivía intentando mover el enorme cesto y ante la imposibilidad de hacerlo solicitó ayuda a un jovencito que estaba a pocos metros apoyado en un tonel. El médico contempló al viejo y creyó conocerlo, había en él algo familiar; de pronto recordó su misión y palpó uno de los panes, “¡están tibios...! son los que horneó la mujer del palafrenero -coligió-, empiezo a ver claro”; como el tuerto regresaba con el chico se apartó presuroso.

Entre ambos arrimaron la cesta, le ataron una cuerda suspendida de la nave y en pocos segundos estuvo a bordo. Durante la maniobra uno de los panecillos salió rodando y quedó tras unos fardos; Watson lo tomó con disimulo, era la prueba que necesitaba, al fin la fortuna le sonreía. Con la agradable sensación del triunfo, el antiguo médico militar se dirigió al puesto policial portuario y expuso su versión de los hechos.

-Deben evitar la partida de esa embarcación, lleva las joyas robadas, están camufladas en los panes; el anciano tuerto es uno de los cómplices. Cortó su perorata asombrado al ver entrar a Holmes.

-Hola, Watson...

-Sherlock, ¡qué suerte! Llega en el momento exacto, hay que detener ese barco. Se llevan las gemas de Lord Whitelock, mire, acá tengo la prueba –mostró ufano el panecillo- esto justificará lo que digo.

-Veamos, -el detective lo cortó al medio con precaución; efectivamente contenía algo, se lo alargó a su compañero-. ¡Tome, revíselo, Watson!

Éste extrajo y terminó de desenvolver un papel; estudió su contenido y se puso pálido. Holmes lo conminó a reiterar la lectura, esta vez en voz alta. “Estimado Watson, deberíamos conseguir el exquisito licor que me dio nuestra casera en el té. Sherlock Holmes”.

-Pero... -manifestó mohíno el postulante a investigador- ¡el robo y las pisadas, la ropa mojada, las botas, el pan frío y el caliente, el hombre tuerto...! ¿Qué puede decir a todo esto, Holmes, existieron, o acaso no son pruebas reales?

-Elemental, mi querido Watson, en realidad existieron; yo las preparé.

-¿Entonces...? Las joyas fueron hurtadas lo mismo, ahora viajan y usted acá, tan tranquilo.

-Por supuesto que viajan, como corresponde. Lord Whitelock me encomendó una misión secreta, transportarlas sin correr riesgos, por lo tanto, preparé “el gran robo” con la colaboración de varios amigos. Dígame, Watson, ¿quién robaría unas joyas que “ya han sido sustraídas”, eh? ¡Nadie! Cualquier ladrón se desalentaría al ver que un colega le ha ganado de mano; eso pasó, querido amigo. Pido perdón por engañarlo con mis

disfraces y la broma del pan “extraviado”, quizá me extralimité.

Con un gesto de picardía, extrajo del bolsillo el parche utilizado para cubrir el ojo. Watson, aunque resentido, miró asombrado al detective y luchó por contener el ataque de risa. “Con razón le encontraba algo familiar –meditó-, “¡Sin duda es un gran artista, no existe otro igual, ni existirá!”

## Los detectives

Está solo, así lo descubro la primera noche... Su fantasmagórica silueta, fundida en la niebla, lo convierte casi en una entealequia. Avanza, retrocede; tanto se agacha como da leves saltos, cual ejecutando una exótica danza. La oscuridad juega a su favor, el intenso frío justifica las calles vacías, sólo un demente circularía por ellas.

Tras ese encuentro casual la curiosidad me venció y, sistemáticamente, cuando las tinieblas propician la aparición de fantasmas, brujas y hechiceros, sale a dar un paseo. Entonces voy tras él, soy su sombra. El hombre es -a mi criterio- un detective en plena actividad, procura ver sin ser visto, ¡si supiese que yo, un simple adolescente, lo vigilo...! Su despreocupación -supongo- nace de la idea de creerse infalible, la seguridad de saberse el cazador, el cazador, no la presa.

“Soy el único y auténtico cazador -pienso jubiloso por mi recién descubierta capacidad-, ¿acaso -recapacito- en este preciso instante viene alguien tras mis pasos?” Instintivamente miro a mi espalda, nadie a la vista. Sin embargo, esa comprobación no garantiza que así sea, es tan fácil pasar desapercibido, ¡si lo sabré yo...!

Una cosa me extrañó del sujeto en cuestión, invariablemente, en cada oportunidad, apenas asoma la luna huye despavorido como si su sola presencia pudiese dañarlo. Ahora que lo conozco presto atención con la esperanza de encontrarlo en alguna fiesta: el cine, la cancha, la iglesia o un velatorio. Búsqueda vana, sólo aparece en la más completa oscuridad; llego a compararlo a un vampiro buscando víctimas para saciar su apetito. Sonrío ante la locura de mi ocurrencia, quizá estoy influenciado por su sombría apariencia, todo en él es tan... tan negro., tan tétrico.

Jugamos una larga temporada a los detectives, él persiguiendo un objetivo desconocido por mí y yo, tras sus pasos y acciones, guiado por una simple corazonada,

quizá intrascendente. Cierta noche, cuando el satélite terráqueo lucía en todo su esplendor, tropecé con un personaje similar, no obstante poseer características diametralmente opuestas. Vestía completamente de blanco, salía en perfecta cronometría con la luna y cuando el astro se ocultaba, desaparecía.

Ambos vigilaban algo o a alguien, me faltaba descubrirlo; jamás, por la reacción ante las mencionadas andanzas astrales, se encontrarían, eran la luz y las tinieblas.

Pasó mucho tiempo, ya desesperaba de desentrañar el misterio –ahora duplicado-, cuando una de las tantas noches de cerrazón encontré al detective de las sombras semiinconsciente y balbuceando palabras sin sentido; tenía el rostro ensangrentado, quizá golpease contra el borde de la acera, de ahí el corte en la sien. Con la batería casi agotada del móvil pedí una ambulancia y mientras llegaba, sentado en el suelo, sostuve su cabeza sobre mis rodillas y presioné la herida con un pañuelo para detener la hemorragia. De pronto me miró fijamente y musitó:

-Joven, ¿puedo confiar en usted? –Asentí y prosiguió-. Estoy trabajando para evitar una catástrofe, le ruego que prosiga mi tarea.

-Sí, señor, lo que necesite –intenté tranquilizarlo-, no tema...

-Como ya no podré continuar, investigue en mi lugar. Lo miré con extrañeza, ignoraba hacia dónde rumbearían sus palabras.

-Necesito saber quién enciende la luna cada noche, sólo así la humanidad podrá salvarse... Nos acecha el peligro, un drama sin precedentes...

Mientras lo cargaban los paramédicos, su mirada reflejaba miedo, impotencia... No volví a saber de él. ¿En qué siquiátrico estará...?

Esclarecido el primer punto, faltaba dilucidar el otro. Intensifiqué la vigilancia y en la primera noche de luna llena abordé al “detective blanco”. Abreviaré: interrogado con

infinita diplomacia, extrema sutileza y miles de subterfugios, habló. Su misión -dijo- (debí suponerlo, pero no lo hice), consistía en buscar al delincuente que muchas noches le apagaba la luna, la luna que tanto trabajo le daba poner en funcionamiento. Pretendía lo opuesto a su colega.

Ambos existieron y fueron muy conocidos en el lugar: ¿el “detective negro”?, el Loco Romanof; ¿el otro?, el Loco Astibarrivia, tío de Juan Carlos (a) El Gordo. Estos dos, tío y sobrino, vivieron un tiempo frente a mi casa.

Estoy inmerso en un proyecto fabuloso, pero secreto, tengo una cita importantísima. En cuestión de minutos, contactaré con los espíritus del Patriarca Noé y el Almirante Colón, buscamos la forma de navegar hasta Marte, uno se inclina por utilizar el arca y el otro, una carabela. Ante la paridad de criterios piden que vote por lo más conveniente. ¡Tengo una idea brillante! Aconsejaré ir en subterráneo, servirá a nuestro propósito de pasar desapercibidos. ¿Qué mejor que navegar bajo tierra, entonces...?

Dos hombres vestidos de blanco irrumpen en la habitación. Pido perdón al estimado lector por finalizar tan abruptamente esta narración, pero debo atenderlos.

-¡Eh! ¿Qué hacen?- Me sujetan y tratan de poner una chaqueta rarísima con varias tiras que cruzan por encima y atan mis brazos. ¡Es muy incómoda, no puedo moverme!

-¿Están locos... qué intentan? ¡Déjenme!

### **Epílogo**

Soy un vecino más del “Detective Loco”. Siempre, desde chico, tuvo veleidades de pesquisa, se cree Meneses o Sherlock Holmes, inventa seres fantásticos, a cual más grotesco, y los presenta como reales. Últimamente está escribiendo lo que denomina “Mis memorias”, una sarta de chifladuras y embustes, seguramente.

¡Qué alivio para el barrio! Por suerte lo están llevando al manicomio.

## **Manos brujas**<sup>15</sup>

Voy a narrar una de las tantas anécdotas de “Manos brujas”.

¡No! No se trata de Rodolfo Biagi, el destacado músico, sino de un homónimo, también superlativamente descollante, aunque en otra actividad.

Lo denominé “manos brujas” por la asombrosa habilidad que posee en ellas. Sus dedos tienen la eficacia del “ábrete sésamo” de Alí Babá; no existe cerradura, candado o mecanismo de seguridad que se resista al conjuro de sus toques mágicos, siempre terminan cediendo, doblegados por el poderoso e inigualable influjo de sus táctiles caricias.

Voy a lo prometido:

A poco de iniciarse en la profesión, un lunes por la mañana, solicitaron sus servicios para abrir una caja fuerte; nada más y nada menos que la bóveda del tesoro de una importantísima empresa. La misma constaba de tres cerraduras súper reforzadas y, según sus fabricantes, inviolables.

Necesitaban acceder en forma urgente al contenido; el problema consistía en que dos de los ejecutivos de la firma estaban de viaje y faltaban sus llaves. Por lo tanto, disponían sólo de una y con ella debían arreglarse.

Rodolfo “Manos brujas” esbozó una sonrisa –más bien una mueca de contrariedad disfrazada de sonrisa- y solicitó quedar a solas, no tenía la menor idea de los pasos a seguir pero creyó conveniente simular, esa estrategia indicaba su profesionalismo y concentración para la difícil tarea. Ya solo, se comparó a David enfrentando a Goliat, con la desventaja de no tener siquiera la honda del pastor hebreo en su poder.

---

<sup>15</sup>) Historia risueña y real, tomada en forma directa del protagonista, el "abrepuertas" del pueblo. N/A.

Estudió cada milímetro de ese Goliat de acero, que permanecía impertérrito, sin pestañear, firme en su decisión de oponer una enconada resistencia. Subido en una silla observó la parte superior, por ese lado no había la mínima posibilidad. Se tiró al piso e inspeccionó bajo el coloso; de pronto... el corazón le dio un brinco y se le iluminó el rostro. Ahora la amplia sonrisa era real.

Solicitó un trozo de alambre fino, alegando que con él intentaría “destrabar” los complicados mecanismos de las cerraduras. Con tal elemento trajinó bajo la caja hasta enganchar el pequeño envoltorio divisado al fondo, contra el muro; lo atrajo hacia sí y al descubrir el contenido del paquete debió realizar un gran esfuerzo para ahogar la carcajada que pugnaba por estallar en su garganta. Tres llaves y una simple nota: “utilizar en caso de emergencia”. “¿Más emergencia que ésta? –pensó”.

Llamó a un empleado y devolvió la “única” llave disponible.

-Probaré con el alambre –manifestó, recibiendo como muda respuesta la mirada atónita, conmisericordiosa, y a la vez un tanto burlona del chico-, creo poder hacerlo.

Ya solo, cumplió con lo solicitado, regresó el paquete a su sitio y...

Por supuesto, devolvió el alambre milagroso, recomendando lo guardasen bien por si volvían a necesitarlo.



## Reencuentro

Otra vez lo estoy mirando –más bien, admirándolo- luchando con la persistente y poderosa tentación de traspasarlo. Siempre me intrigó; es decir, desde que lo descubrí. Supongo que la lógica curiosidad por lo desconocido me desafía e impulsa a pasar al otro lado, dispuesto a explorar hasta el último rincón y saber de una vez por todas qué ocurre allí; qué secreto oculta. Sin embargo, el intenso deseo claudica ante el pavor que me inspira, la fuerza incontenible del miedo prevalece sobre la curiosidad.

Simulo desinterés y lo dejo, ya llegará el momento de desentrañar el misterio, estoy convencido de ello... tiempo al tiempo.

Intento olvidar las ansias acuciantes de tomar por asalto al muro e invadir sus dominios y repaso como un autómatas el pasado, rememoro acontecimientos y personajes y, como suele sucederme hace algún tiempo, se desata un torbellino de recuerdos que no son precisamente simpáticos ni agradables. ¿Tiene algo de grato encontrarse de pronto sin trabajo, eh? ¿O de la noche a la mañana, perder a tres amigos en un accidente automovilístico? ¿Hay algo peor...? Sí, ver cómo Beto, mi mejor amigo –mi hermano, podría decir-, arrastra penosamente su existencia, atormentado, sintiéndose responsable de esas muertes. ¿Culpable por conducir un vehículo y no poder esquivar el camión que se cruzó de carril? ¿O acaso la borrachera del camionero era también responsabilidad suya?

¡Pobre!, salvó milagrosamente su vida pero no volvió a ser el mismo y presumo que nunca lo será. Los pensamientos avanzan por caminos tortuosos, está visto que volveré a pasar la noche en vela, el insomnio se ha enquistado en mí y para colmo, en la oscuridad, reaparece el oscuro paredón, tétrico, negro, ¡tan renegrido...! Ya no sé si es desvarío, locura o realidad; pero está siempre ahí. Ahí... casi al alcance de la mano.

“¡Señor...!”, intento musitar una plegaria y como jamás rezo, fracaso. Tras poderosos esfuerzos logro relajarme. Luego, en forma gradual, lenta, muy lenta, un tenue sopor me invade, domina mis sentidos y llega el alivio, aunque efímero. Los recuerdos sobrevuelan como moscardones, me atormentan impiadosos, implacables. Un aciago día, otro golpe terrible, ¡el peor!

Beto, en forma absurda, es ejecutado por la extraña burla de un destino cruel. Realiza una maniobra desafortunada con su auto, y pierde la vida. Él arribó a la paz, ahora habita la morada del sosiego definitivo y en cambio para nosotros, quienes seguimos en este valle de lágrimas, recrudece el tormento, el dolor visceral por tan irremediable pérdida.

Permanezco inmóvil, casi con la mente en blanco, cual sumido en éxtasis profundo. ¡Ah, nada es comparable al placer del espíritu liberado! ¡Parece mentira que pueda existir tanta paz! Repentinamente, ¡emerge de la nada! Su renegrida mole se destaca entre la espesa niebla. ¿Es real o lo imagino? Me refriego los ojos para aclarar la visión.

“Pero... ¿qué pasa –me digo-, nunca me libraré de su funesta influencia?”  
¡Seguramente es una alucinación! Superponiéndose a la imagen espectral y desdibujada de la muralla distingo a Beto, mi amigo, mi hermano del alma. Sonríe, tiende los brazos y me llama. Su voz tiene tal dulzura...

“¡Es imposible–reflexiono-, está muerto!”

Luchando con la aprensión voy a su encuentro. Al avanzar percibo en mí cierta levedad. Me noto extraño, ingrátido, etéreo, volátil. Una intensa bruma termina por envolvernos, distorsionando el lugar y objetos cercanos. El aspecto de mi amigo tiene algo de fantasmal, un intenso escalofrío recorre mi espalda.

-Carlos, hermano, gracias por venir, te esperaba ansioso-. Su voz dulce, tenue, casi inaudible, se asemeja al leve susurro de la brisa. Quisiera responder y no puedo. Lo veo tan feliz; sí, inmensamente feliz. De repente, quizá contagiado por él, me embarga una dicha inefable, desconocida hasta entonces. Doy un último paso casi arrastrando los pies y nos fundimos en un abrazo, un abrazo sin registro de tiempo... ¡eterno! Por sobre su hombro, observo el muro.

¡Ahora es blanco! ¡Resplandeciente!